



20 de julio de 1879

EL CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS QUE CONVIENE A UNA RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

No sé si en lo que os dije del espíritu de la Asunción, os hablé del cielo por la salvación de las almas, esta parte tan esencial, tan considerable de nuestro espíritu. Aunque el cielo de las almas pertenece primero a todo cristiano, luego a todo religioso, es evidente que en esto como en todo lo demás hay una forma y un matiz que nos es único. Me gustaría indicaros este matiz.

Al decirnos que las religiosas de la Asunción deben ser adoradoras y celadoras de los derechos de Dios, os tenía que hacer entender que el objetivo de la gloria de Dios siempre debe pasar en primer lugar. Se puede, en el cielo por la salvación de las almas, considerar la necesidad que las almas tienen de salvación, considerar lo que en ellas provoca tan gran miseria, tan gran déficit, cuando no tienen la gracia de Dios.

Pero también podemos considerar el lado de Dios, ver cuáles son los derechos de Dios de poseer las almas, cuánto su gloria y su amor están interesados en esta posesión, por la que tanto ha hecho. El interés de la criatura se funde con los intereses de Dios. Las almas no pierden nada en esto. Trabajamos por su salvación para la gloria de Dios. Me parece que es así como deberíamos pensar habitualmente en la salvación de las almas.

Todas meditamos cuidadosamente, al comienzo de los retiros, los muchos lazos por los que pertenecemos a Dios. Él es nuestro principio, somos de Él. Él es quien nos creó, es a él a quien vamos. Él es quien nos guarda. Él es nuestro fin como es nuestro principio. Este es el comienzo de cualquier retiro serio, pensar hasta qué punto estamos en las manos de Dios.

No somos las únicas que le pertenecemos; cada criatura está en esta situación ante Dios. Hoy quiero hablaros de la educación, y mostraros que lo que debe ocuparnos sobre todo en la educación de las niñas es tratar de imprimir estos pensamientos, primero en nosotras, luego en las almas de los demás. Que nuestro trabajo, que nuestros esfuerzos vayan a hacer comprender a cada criatura con la que estamos en relación que es *para Dios*, que es *de Dios*, que es *por Dios*¹, que le pertenece enteramente. Todas las criaturas son para ella un medio, un escalón, lo que usa en este mundo, pero nunca su fin.

¹ Cf. *Notas íntimas*, nº 234/01, Retiro de 1878

¿Qué no ha hecho Dios para poseernos? No solamente nosotras somos suyas por creación, él nos compró. Él mismo se hizo hombre por nosotras, y habiéndonos enseñado toda la verdad, nos ha comprado al precio más alto, con su sangre. El precio de su sangre está en toda alma que está sobre la faz de la tierra. Las ha comprado todas. Compró el alma del salvaje, el alma del africano que no ha escuchado nunca su ley, el alma de cada hombre que viene a este mundo. Los paganos, los chinos, los compró con toda su sangre, como compró vuestra alma, la mía, la de las niñas.

Cuando nuestro Señor pagó este gran precio, fue para que todos se salvaran, este era su deseo, su propósito. Este propósito se frustró con frecuencia. Hay almas que nunca han oído la divina palabra, que no conocen la Redención. En este pensamiento se enciende el cielo. Esta es la verdadera fuente del apostolado y de las misiones: ayudar a más criaturas a escuchar la palabra de Dios para que se salven por la aplicación de la sangre de Jesucristo.

En nuestro apostolado con las niñas, estamos en contacto con almas que ya están teñidas con la sangre de Jesucristo por el bautismo; todas han recibido algún conocimiento de Dios. Nuestra misión es desarrollar este conocimiento. ¡Cómo debemos preocuparnos y estar atentas, para que todo en nuestras relaciones vaya a formar a Jesucristo en las almas! No hay una sola que no pueda tener esta acción, os lo he repetido muchas veces. No solamente en la enseñanza. En la vigilancia, tenemos una acción muy grande en las almas de las niñas para salvarlas. En todas las relaciones, sean las que sean, ejercemos una influencia real. La niña ve a una religiosa en la puerta, en los pasillos, los dormitorios, la lencería, en cualquier lugar. Esta niña recibe una influencia que va a la salvación, o al descenso de la vida espiritual si la impresión hecha en ella no es santa.

Sabemos que estas almas pertenecen a Dios, que nos hace el honor de elegirnos para trabajar con ellas, para darles la verdad. Tenemos que hacer un sitio grande en nuestra mente para el amor ardiente de esta verdad. ¡Cuán celosas debemos ser, atentas a santificar cada palabra por la que nos ponemos en relación con una niña, para aportarle una influencia santa!

Debemos imprimir la verdad en sus almas. Debemos tener cuidado para que no reciban una influencia que no sea una influencia de verdad. Así que no debemos condescender a las debilidades humanas, a las inclinaciones de la naturaleza que no están en el orden de la verdad. Sin duda, debemos saber sobrellevar estas debilidades, que es otra cosa, pero no consentirlas, entrar en ellas.

Las niñas vienen a nosotras teniendo ya la gracia del bautismo, un primer comienzo de la verdad sobrenatural, algunos hábitos cristianos. Además de eso, están las consecuencias del pecado de Adán, una cantidad de faltas, de vicios tal vez, que se han desarrollado en el alma, al mismo tiempo que florecía allí la gracia del bautismo. Si desde el bautismo, hubieran sido educadas perfectamente, si una educación siempre cristiana hubiera preservado a la niña de toda mala influencia, tendríamos alumnas que no tendrían tantos defectos.

Hoy los padres, incluso los cristianos, al dar una cierta medida del cristianismo, condescienden a treinta y seis inclinaciones imperfectas y malas, vanidad, orgullo, personalidad², gula. Condescienden, es decir, desean satisfacer al niño en aquellas faltas que tiene la raíz en él, y no les preocupa mucho destruirlas o combatirlas. No digo cosas feas. Hay cosas feas en las que el mundo no condesciende, pero a las que cierra los ojos.

² "Personalidad": palabra usada en sentido peyorativo en el siglo XIX.

En el cielo hay dos clases de ministerio. Un obrero evangélico va a predicar en una parroquia grande y encuentra un gran número de pecadores. Es muy feliz si, al final de su misión, la mayoría de estos pecadores pasan del pecado a la penitencia, hacen una suficiente confesión que los vuelve a poner por un tiempo en el camino de la salvación. No pretende transformar a estos pecadores, educar su alma y su espíritu, para que tengan otros pensamientos, otros sentimientos, otros hábitos.

Cuando un hombre tiene treinta, cuarenta, cincuenta años, no cambiaréis sus ideas ni sus hábitos; quitaréis el pecado mortal y, si le hacéis tomar una firme resolución, es muy consolador, ya que le trae la salvación. Pero no hacemos de él otro hombre, una nueva criatura.

Para nosotros, nuestra acción es diferente. Si es más dolorosa, más larga, fijaos que también es más consoladora. Tomamos las almas para dejar en ellas una huella profunda. No actuamos sobre ellas ocho días, como en un retiro. Vemos lo que hace un retiro en las niñas. Al final son fervorosas, dura ocho, diez días, y eso es todo.

Nosotras, por un trabajo lleno de fe, de paciencia, debemos imprimir en sus almas pensamientos, sentimientos, hábitos cristianos. Nuestro objetivo no es el tiempo que pasamos en el internado. La meta, es que una vez de vuelta en el mundo, sean mujeres cristianas, capaces de llevar los pensamientos, los sentimientos, las costumbres cristianas dentro de una familia.

Este es el gran consuelo. Si el trabajo es largo, doloroso, ingrato a veces, el fruto se prolonga en una sucesión de generaciones. Si habéis formado a una mujer cristiana, ella a su vez formará hijos cristianos. Estos tendrán otros y, al final de los tiempos, comprenderéis, ¡qué gloria para Dios y qué bendición para vosotras! El bien hecho cae en bendiciones sobre cada uno de los elegidos que han contribuido a ello.

Pero necesitamos mucha paciencia, vigilancia en todo momento para llevar a las almas de las niñas el sentido de los derechos de Dios, imprimir en ellas la verdad, y tratar de hacer algo que pueda subsistir. Por eso en la Asunción no estamos tan preocupadas por obtener una disciplina absolutamente perfecta.

Hay un beneficio real en esta disciplina externa. Conozco otros Institutos donde ciertamente se obtiene exteriormente un comportamiento del que se puede estar más satisfechas. En nuestros internados, podría citar algunos donde el comportamiento es más perfecto que en otros. Es deseable este comportamiento, pero no es el primer objetivo que tenemos que proponernos. El primer objetivo es imprimir en las niñas una generosidad cristiana, un orden de pensamientos que sean pensamientos de fe, un orden de sentimientos que sean sentimientos cristianos, un orden de costumbres que sean costumbres cristianas.

Por eso dejamos al carácter de la niña la libertad de manifestarse. No queremos que sea tan contenida que no la conozcamos. Cuando hubieras obtenido la disciplina perfecta como en un ejército, si estuvierais satisfechas con esto, no habrías logrado el objetivo que debéis buscar.

¿Qué hay en el mundo más regular que un regimiento? Pero después de todo, Dios no es muy honrado allí. La gloria de Dios no se encuentra mucho en los cuarteles. Y aunque lo obedezcamos, incluso bajo pena de muerte, aunque el comportamiento allí sea intachable ante los superiores, este no es precisamente el orden que Dios quiere de su criatura que es el mejor establecido. Debemos tratar de no tener una educación de cuartel.

No quiero decir que no se necesite algo de disciplina. Pero que no sea la forma de los cuarteles lo que pese más que la acción que debéis tener en las almas para hacerlas mejores. Es necesario que sea la acción sobre el alma, sobre el espíritu, sobre la voluntad lo que primero nos preocupe y no los defectos en la forma externa, como no hacer bien las filas.

Si en las filas insistimos en el silencio, no es para quitar el inconveniente del ruido es que: *en el mucho hablar no falta el pecado*³, dice el Espíritu Santo. Esta es la principal razón para querer el silencio y alejar la charla. Si los niños hablan mucho, habrá algún pecado de palabra, y vuestro enemigo irreconciliable es el pecado. Es al que debéis perseguir en el futuro con la inteligencia de un corazón que arde de amor. Debéis temer toda disposición que pueda llevar más tarde al pecado, mucho más que a disposiciones que hoy os apenan. Vuestro fin, es la salvación de las almas. No sois vosotras las que debéis buscaros en este trabajo. No es un cierto contento actual, es la gloria de Dios en el presente y más aún en el futuro por los frutos que dará esta alma.

A este celo primero, tenemos que añadir el celo por la salvación de todas las almas. Tenemos relaciones con los padres de las niñas, podemos hacerles bien. Lo hemos visto muchas veces en ciertas familias, que tienen trato con nosotras. Es una madre, una hermana, un familiar que han cambiado gradualmente. Es una lectura de piedad que disfrutamos. Es la Misa escuchada con más frecuencia. Son los sacramentos que frecuentamos más, gracias al buen consejo de una religiosa que hemos visto, gracias a la influencia de las niñas a quienes la religiosa había formado para desear esto mucho más que cualquier otra cosa.

Podría nombrar mujeres que no iban a la Eucaristía con sus hijos, y que ahora van todas las semanas. Hay aquellos cambios en los que podemos actuar directamente. Puede también hacerse conversiones a través de la influencia de nuestras hijas.

Pero fuera de este círculo al que llegamos, están todas las almas del mundo. Cuando uno está a los pies del Santísimo Sacramento, debe pedir a menudo a Dios que reine en las almas y en los corazones. Visitar, en todos los lugares del mundo, todas las misiones. ¡Cómo los misioneros aislados necesitan de vuestras oraciones en las batallas donde también pueden ser heridos por el pecado, donde se encuentran en medio de peligros, en gran aislamiento! Es parte de vuestra vida interior ofrecer vuestras acciones, vuestros sacrificios, vuestro trabajo, vuestras oraciones sobre todo para obtener para los misioneros, para cualquier sacerdote en el santo ministerio, las gracias con las que convertirán las almas.

Dios es un bien que se quiere difundir. Sufre cuando no se propaga. Esta no es una definición de mi imaginación, es la de Santo Tomás: *Dios es el bien soberano que, por su naturaleza, quiere derramarse*⁴, para dar los bienes que hay en él con abundancia. Detener el bien que Dios quiere hacernos, entristecería su corazón. Estoy hablando de Dios, de Dios en sí mismo, no de nuestro Señor Jesucristo.

Viene después el amor que debéis tener por nuestro Señor Jesucristo, que dio su sangre por las almas. Este amor debe llevaros a pedirle que su sangre preciosa, derramada con abundancia, salve a muchas almas, dé la salvación a los que no conocéis y por los que rezáis.

En la economía de la salvación y de la gracia hay muchas cosas por las que la oración de la criatura debe unirse a la acción de la sangre de Jesucristo. Si no hay quien

³ Pr 10, 19

⁴ *Bonum infinitum diffusivum sui.*

pida que fluya esta sangre, no se derramará. Nuestro Señor nos lo dice en el Evangelio, el que se ha quedado sin pan llamará a la puerta de su amigo, y a fuerza de importunarle consigue lo que quiere⁵. Pero, ¿qué es este pan? Es el pan sobrenatural, el pan de la gracia, la vida espiritual, la vida de la eternidad. Alguien tiene que pedirlo en la tierra, aunque Dios desea infinitamente darlo.

La oración es el agente por el cual la gracia se esparce por el mundo: no hay ninguna de vuestras oraciones, pobre, pequeña, distraída - porque la criatura es débil – que no obtenga una gracia, no lo dudéis. Cuando decís un *Ave María* en el camino, cuando rezáis por la salvación de las almas, obtenéis algo. No sabéis qué, pero conseguís algo, no lo dudéis.

A veces os decís a vosotras mismas: “¡Rezo tan mal!... ¿Qué es un rosario más o menos”! Entonces lo haces como una persona que, queriendo llegar al final del jardín, se detendría alrededor de los castaños, diciendo: "Yo, que ando tan mal, no necesito ir más lejos.» No hay que hacerlo así, pide confiadamente las gracias que Dios quiere dar a la oración, cualquiera que sea, en unión con nuestro Señor Jesucristo.

⁵ Lc 11, 5-8